

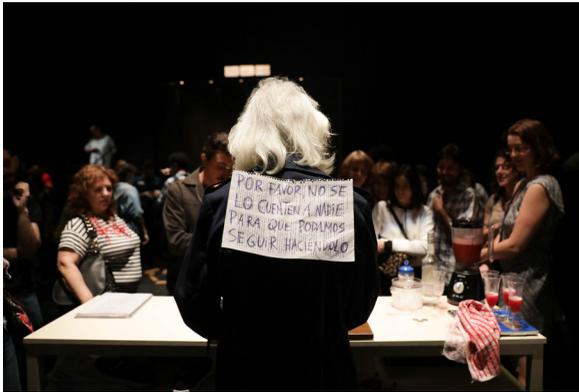
Yo escribo. Vos dibujás

Las potencias de los cuerpos

 Jorge Sala

Yo escribo. Vos dibujás. Las palabras del título podrían invocar una orden. Sin embargo, pocos segundos después de ingresar al espacio escénico —un lugar sin bordes definidos, que no reconoce diferencias entre sus participantes— los sentidos se trastocan rápidamente y la frase deviene una invitación a formar parte del juego. En ambos casos, lo que define a los términos es un franco llamado de atención a quienes asisten al espectáculo. El cambio, sutil, responde a la falta de énfasis de la consigna que no por eso la subsume en una condición de levedad. La obra de Federico León, presentada durante marzo de 2019 en el Cervantes, hace de la interpelación al público el núcleo de su propuesta. Esto no quiere decir, en modo alguno, que sus recursos emulen las (ya viejas) estrategias de la vanguardia de violentar a la platea, de provocar el shock mediante el ejercicio del poderío físico de los actores intervinientes. Por el contrario, en *Yo escribo...* la idea de invitación se ejecuta a partir de unos sujetos que parecen no tener en cuenta del todo la mirada externa y, fundamentalmente, mediante la apelación a dos principios nodales: la desconfianza en el papel rector de lo narrativo —y, por ende, poniendo en entredicho la supuesta supremacía de lo representacional— y, como un complemento inevitable, la inclinación de la balanza hacia el poder audiovisual emanado por los cuerpos en escena, haciendo prevalecer su papel sensible y sensorial.

Una sucinta descripción de la puesta quizás ayude a echar luz sobre el modo en que se conjugan ambos aspectos; unos elementos que resultan ser, por otra parte, claves dentro del universo poético de su director. Los asistentes ingresan a un espacio de grandes dimensiones en el que veintiséis performers accionan simultáneamente sobre distintos frentes. Unos juegan al *punching ball*, otros intentan embocar unas pelotas en un aro de basket, alguno anda en skate mientras otro toca el saxo y otro más allá dibuja caricaturas. Obligado (convidado, mejor dicho) a circular para ver de cerca qué sucede, el público deja su habitual pasividad para convertirse en una suerte de transeúnte que se mueve por los distintos focos de interés. Una sensación de caos gobierna la percepción en estos primeros tramos de una obra que se despliega ante los ojos como si se tratara de una kermesse o de un parque de atracciones. Encerrados en una sala, entonces, las imágenes que León devuelve se abren como un reflejo extrañado de Florida o de la calle Corrientes (en sus mejores épocas, antes del infausto invento que en los mismos días de las funciones llevó a peatonalizarla). ¿Qué tenemos, entonces? Un espectáculo sin centro neurálgico, sin orden (o con un orden oculto, como la lógica de los sueños) en el que las situaciones se superponen, se encabalgan una y otra vez obligando al público a tomar decisiones de acuerdo a



su propio interés. Y, algo no menor, también se nos hace partícipes de un homenaje sin alardes a la teatralidad en sus expresiones insospechadas, al arte callejero y al deporte. En definitiva, una revalorización de formas de entretenimiento heterodoxas, consideradas menores.

La alusión al sueño no es accidental. Apelando a escritos de Carl Jung e inspiradas en textos de Bernardo Nante —exégeta local de las teorías del primero—, las situaciones mínimas dispuestas en el espacio empiezan a develarse como un entramado jeroglífico, críptico, propio de la elaboración onírica. Unas hojas entregadas por los performers procuran enfocar la mirada de los espectadores, aunque su falta de énfasis termine haciendo prevalecer su condición azarosa. Después de transitarlo, cada quien tendrá tiempo para analizar los contenidos del sueño que acaba de experimentar. Los indicios esbozados en los papeles dejarán ver, sin embargo, que, como entiende Jung, el caos está presidido por un orden subterráneo.

Si la negación a establecer un relato sobresale como un procedimiento central, el hilo que conecta los fragmentos debe buscarse en otro lugar. Porque, aunque lo narrativo irrumpe más fuertemente en la segunda parte de la obra, en eso que podría llamarse, siguiendo la jerga psicoanalítica, *la otra escena*, lo que predomina son aquellos destellos momentáneos que se activan a partir del trabajo de los actores. En sus movimientos, en ciertos gestos y, más que nada, en su propia carnalidad revelada, estos sostienen el peso total del espectáculo. La conmoción —la mía propia, al menos— surge como consecuencia de experimentar sensorialmente (sensualmente) la cercanía con esos cuerpos de todas las edades y condiciones.

La preeminencia de lo físico como elemento disparador de imágenes pre-narrativas es una constante dentro del universo poético de Federico León. En este sentido, podría establecerse un arco de continuidad que arrancaría con esas dos mujeres de llanto incesante en *Cachetazo de campo*, que continuaría con una septuagenaria Beatriz Thibaudin sumergida en una bañera en *1500 metros sobre el nivel de Jack*, pasando por los jóvenes aburridos e hiperkinéticos de *El adolescente*, por los villeros de *Estrellas*, por toda esa maraña de personas de diversas edades moviéndose a coro en *Las multitudes* o por el dispositivo especular fundado en el cruce entre imagen filmada y actores en vivo (con el consecuente juego de identidades) de *Yo en el futuro* hasta llegar a esta, su última experiencia teatral hasta el momento. El resultado hablaría no solo de una coherencia autoral capaz de atravesar disciplinas, sino también de la profundización de una búsqueda encaminada a problematizar las fronteras entre la representación y la realidad.

A propósito de ciertas líneas del cine moderno, Gilles Deleuze formulaba una inversión del cartesianismo: “El cuerpo ya no es el obstáculo que separa al pensamiento de sí mismo, lo que éste debe superar para conseguir pensar. Por el contrario, es aquello



en lo cual el pensamiento se sumerge o debe sumergirse, para alcanzar lo impensado, es decir, la vida” (2005 [1985]: 251). En sus obras, y especialmente en *Yo escribo. Vos dibujás* Federico León demuestra que los cuerpos, sus condiciones, sus posturas y su capacidad de afectación son matrices de significación, no ya necesariamente de sentido. Y es en este territorio, al mismo tiempo real y ficticio, cotidiano o entrenado, joven o viejo, donde emerge la radical vitalidad de su teatro.

FICHA TÉCNICA

Yo escribo. Vos dibujás

Dramaturgia y dirección: Federico León. Intérpretes: Ariel Bar-On, Ulises Bercovich, Felipe Boucau, Pablo Brignóccoli, Pablo Cernadas, Agustín Chenaut, Luciano Ciruzzi, Vicente Correa, Sergio Faya, Nahuel Galarce, Rubén Galarce, Horacio Games, Ariel Guanuco, Stella Maris Isoldi, Leandro Orellano, Ariel Ragusa, Julio Rolleri, Franco Rossi, Claudia Schijman, Luz María Silva, Marcelo Silva, Emanuel Torres, Dalmiro Villanueva, Leonardo Vitale, David Zabolinsky, Santiago Zarba. Vestuario: Paola Delgado. Escenografía: Ariel Vaccaro. Iluminación: David Seldes. Realización de muñecos: Cecilia Polidoro. Música y sonido: Diego Vainer. Fotografía: Ignacio Iasparra. Utería: Tamara Belenky.

Bibliografía

- » Deleuze, G. (2005 [1985]). *La imagen-tiempo*. Buenos Aires, Paidós.